

N° 29

ISSN: 7218-9704

REVISTA DIGITAL EL TALLER

REALIZADA POR PILAR IGLESIAS NICOLÁS



VLADIMIR MAIAKOVSKI

2023

Vladimir Vladimirovich Mayakovski (en ruso: Владимир Владимирович Маяковский. Baghdati, Gobernación de Kutaisi, Imperio ruso, 7 de juliojul./ 19 de julio de 1893greg. - Moscú, 14 de abril de 1930) fue un poeta y dramaturgo revolucionario ruso-soviético, y una de las figuras más relevantes de la poesía rusa de comienzos del siglo XX. Fue iniciador del futurismo ruso. De hecho publicó en 1912, junto con David Burliuk y Velimir Jlébnikov, su manifiesto La bofetada al gusto del público (Пощёчина общественному вкусу).

Miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fue también defensor de la Revolución rusa de 1917 y se encargó de hacer propaganda bolchevique por todo el mundo.

Se suicidó el 14 de abril de 1930, de un disparo en el corazón.



Contenido

LA NUBE EN PANTALONES	4
CÓMO HACER VERSOS.....	21
A SERGUEI ESENIN	22
150.000.000	26
Poema completo en audio	26
EL POETA ES UN OBRERO	27

LA NUBE EN PANTALONES

A vuestros pensamientos que sueñan
sobre sus sesos reblandecidos
como un gordo lacayo sobre un sofá grasiento
quiero irritarlos
con un jirón sangriento de mi corazón,
me burlaré hasta hartarme, mordaz y atrevido.
¡No tengo en el alma ni una sola cana
ni tampoco hay en ella ternura senil!
Ensordecido al mundo
con el poder de mi voz avanzo hermoso,
con mis veintidós años de existencia.
¡Los delicados
tocan el amor con tiernos violines!
Pero el rudo se sirve de timbales.
Prueben, como yo,
a darse vuelta como un guante
y ser todo labios.
Salga a aprender
desde su sala de batista
la ceremoniosa funcionaria de liga angelical.
Y también la que hojea en silencio sus labios
como una cocinera un libro de recetas.
Si lo desean
comeré carne hasta ponerme rabioso
-y, como el cielo, mudaré de tonos-; si lo desean
seré impecablemente tierno.
No un hombre,
¡sino una nube en pantalones!
No creo que exista una Niza florida.
Por mi conducto otra vez serán loados
todos los hombres que yacen como un hospital
y todas las mujeres gastadas como un refrán.

I

¿Tal vez creen que la malaria me hace delirar?
Esto ocurrió,
ocurrió en Odessa.
me, dijo María.
Dieron las ocho.
Las nueve.
Las diez.
Y la noche
escapó de la ventana
al horror nocturno,
sombrio,
decembrino.
A mi decrepita espalda carcajean y relinchan
los candelabros.
Nadie podría reconocerme ahora:
esta mole musculosa
gime,
se retuerce.
¿Qué querrá esta mole?
Pues esta mole es mucho lo que quiere.
Porque para uno mismo no importa
ser de bronce
o tener un corazón de hierro frío.
Pero por la noche uno quiere
esconder su tañido
en algo blando,
femenino.
Y aquí me tienen
enorme,
doblado en la ventana
fundiendo con mi frente el hielo del cristal.
¿Habrá amor o no habrá amor?
¿Cómo sera?
¿Grande o pequeño?
¿Pero cómo un cuerpo así tendría uno grande?
Deberá ser pequeño,
un amorcito dócil.
Que saltará, asustado, al claxon de los autos
y amaré las campanillas de los tranvías tirados por caballos.

Metiendo todavía más
mi rostro
en el rostro picado de la lluvia
espero
salpicado por la estruendosa pleamar citadina.
La medianoche, apuntándome con un cuchillo,
me alcanzó,
me apuñaló.
(Te lo tienes merecido)
Y cayeron las doce
como la cabeza de un condenado cae del cadalso.
En los cristales gotitas grises
se fundían en una
mueca inmensa
como si aullaran las quimaeras
del Notre-Dame de París.
¡Maldita!
¿No te basta con esto?
Pronto los gritos lastimarán mi boca.
Y oigo esto:
silenciosamente,
como baja un enfermo de su cama,
salta un nervio.
Primero
camina un poco
y luego
comienza a correr
nervioso,
con paso firme.
Y ahora este y otros dos más
se lanzan a un zapateo desesperado.
Se desprende el enlucido en el piso de abajo.
Nervios
grandes y
pequeños,
muchos ahora,
galopan enloquecidos
hasta que
a ellos mismos les fallan las piernas.
La noche se extiende como limo en mi cuarto
y en ese limo se hunden mis ojos ya pesados.
De pronto la puerta comienza a rechinar

como si al hotel
le castañearan los dientes.
Entraste tú,
rotunda como un «ahí tienen»,
torturando la gamuza de tus guantes
dijiste:
«¿Sabe usted?
Me caso.»
¿Qué tiene? Cásese.
No importa.
Resistiré.
¿No ve usted lo tranquilo que estoy?
Como el pulso
de un difunto.
¿Recuerda?
Usted decía:
«Jack London,
dinero,
amor, pasión»,
pero yo sólo veía esto:
¡Usted es una Gioconda
que alguien debe robar!
Y así ocurrió.
Otra vez enamorado, entraré al juego,
iluminando con fuego la curva de mis cejas.
Pero ¿qué tiene de extraño?
¡Hasta en una casa consumida por el fuego
a veces viven los vagabundos!
¿Se burla de mí?
«Posee menos esmeraldas de locura
que kopeks un indigente.>>
¡Pero no olvide
que Pompeya pereció
cuando irritó al Vesubio!
¡Ey!
Señores
amantes
de los sacrílego,
del crimen,
¿han visto lo
más terrible!
¿Mi rostro

cuando
estoy
del todo calmo?
Y ya siento que
mi «yo»
me queda estrecho.
Que alguien pugna por salir de mí.
¡Hola!
¿Quién habla?
¿Mamá?
Vuestro hijo está bellamente enfermo.
¡Mamá!
¡Sufre un incendio de su corazón!
Dígale a sus hermanas, a Liuda y a Olia,
que ya no tiene adónde ir.
Cada palabra suya
hasta la broma
que regurgita de su boca quemada,
se lanza afuera como una prostituta desnuda
de un prostíbulo en llamas.
¡La gente husmea
y les huele a quemado!
Trajeron a ciertos tipos.
¡Relucientes!
¡Con cascos!
¡¿Pero adónde van con esas botas?!
Háganle saber a los bomberos
que a un corazón ardiente se sube con caricias.
Déjenme, mejor yo mismo
achicaré mis ojos llorosos con barriles.
Permítanme apoyarme en la costilla.
¡Voy a saltar! ¡Voy a saltar! ¡Voy a saltar!
Y sólo caen los bomberos.
¡No es posible dejar de un salto el corazón!
En el rostro quemado,
de entre las grietas de mis labios,
un beso abrazado quiere alzarse.
¡Mamá!
¡No puedo ya cantar!
En la pequeña iglesia de mi corazón se quema el coro.
Figurillas quemadas de palabras y números
abandonan mi cráneo

como niños un edificio en llamas.
Así el miedo,
queriendo agarrarse del cielo,
elevaba
sus ardientes manos en el Lusitania.
Ante las gentes temblorosas
en la paz de sus casas
un resplandor de mil ojos se desgajaba del muelle.
¡Un último grito:
tú al menos
clama a los siglos que me abraso!

II

¡Glorifiquenme!
No puedo compararme a los grandes. Y en todo lo que han hecho pongo
«nihil».
Jamás
quiero volver a leer nada. ¿Un libro?
¡Qué me importan los libros!
Antes creía
que los libros se hacían de este modo:
llegaba el poeta,
entreabría fácilmente los labios
y al momento comenzaba a cantar el simplón inspirado ¡ahí les va! Pero
resulta
que antes de que se comience a cantar
caminan largo rato, les salen callos de tanto fermentarse,
y en silencio chapotea en el limo del alma
el tonto pez de la imaginación.
Y mientras hierven, revolviendo con rimas
cierto guiso de amor y ruseñores,
la calle se retuerce atrofiada, sin lengua,
sin tener con qué gritar ni conversar.
Orgullosos, levantemos de nuevo
las torres de Babel de las ciudades
mientras Dios
destruyendo ciudades
crea pastos
y mezcla la palabra.

La calle cargaba en silencio su tormento. Un grito le asomaba del gárgamo.
Se erizan, atravesados de través en taxis regordetes y huesudas calesas. Le
han apeatonado el pecho. ¡Peores que la tisis!
La ciudad cerró el paso con tinieblas.
¡Y cuando!...
¡De todos modos!...
La calle escupió la turba a la plaza
sacándose el atrio que aprisionaba su garganta,
he pensado:
entre un coro de arcángeles Dios, saqueado, va a castigar.
Y la calle se sentó y lanzó un grito: «Vamonos a llenar la panza».
Maquillan a la ciudad los Krupps y los kruppitos, amenazan enarcando las
cejas. En la boca
se pudren los cadáveres de palabras muertas,
sólo dos viven y engordan:
«canalla»
y alguna otra más, «borsh», creo.
Los poetas
reblandecidos en llanto y en sollozos abandonan la calle, los cabellos
hirsutos: ¿cómo tan sólo con esas dos cantarles a las señoritas, al amor,
y a las florecitas cubiertas de rocío?
Y tras los poetas
los millares que habitan la calle:
estudiantes
prostitutas
capataces.
¡Señores!
¡Deténganse!
Dejen de comportarse como indigentes,
no se atrevan a pedir limosnas.
Nosotros, los robustos,
que caminamos a trancos,
no debemos obedecerlos, sino arrancarlos
a todos ellos,
a los que se aferran como un apéndice
gratis a cada cama matrimonial.
¿Pedirles a ellos dócilmente «ayúdame»?
¿Rogarles con un himno, un oratorio?
Creémoslas nosotros mismos como un ferviente
himno entre el ruido de las fábricas
y los laboratorios.
¡¿Qué me importa si bajo el fuego artificial

de los cohetes Fausto se desliza con Mefistófeles
por el parquet del cielo?!

¡Sé

que tengo un clavo en la bota,
una pesadilla mayor que las fantasías de Goethe!

Yo

el pico de oro,
de quien cada palabra
renueva el alma

y celebra el cuerpo,

les digo:

¡la más diminuta mota de lo vivo
es más valioso que lo que he hecho y haré!

¡Escuchen!

Predica

convulso y quejoso

Zaratustra, el labio-gritón de hoy.

Nosotros

con cara como sábanas soñolientas,
con labios colgantes como lámparas,
nosotros,

presidarios de ciudades-leprosarios,
donde el oro y el lodo han llagado a la lepra,

¡estamos más limpios que el azul celeste de Venecia
que bañan a diario los mares y el sol!

¡Me importa un bledo

que ni en Homero ni en Ovidio
aparezcan gentes como nosotros,
picados por la viruela del hollín.

Sé

que el sol palidecería

si pudiera ver las reservas de oro que guardan nuestras almas.

Más seguros que los rezos son los tendones y los músculos.

¿Por qué habríamos de rogar una limosna al tiempo? ¡Nosotros,
cada uno de nosotros,

sostenemos en nuestras cinco

las correas de transmisión del mundo!

Esto me aupó al Gólgota de los auditorios

en Petrogrado, en Moscú, en Odessa, en Kiev, y no hubo ni uno que
no gritara: «¡Crucifiquenlo, crucifiquenlo!».

Pero para mí todas las gentes

(y también aquellas que me ofendieron)

son lo más querido y cercano.
¿No han visto cómo un perro
lame la mano que lo ha golpeado?
Yo,
escarnecido por las tribus de hoy
como un chiste largo y escabroso,
veo cómo avanza a través de montañas de tiempo
alguien para todos invisible.
Donde el ojo de los hombres se desploma segado,
cual un jefe de hordas hambrientas
con la corona de espinas de las revoluciones
llegará el año dieciséis.
Yo soy su profeta entre las gentes,
estoy donde está el dolor: en todas partes;
me he crucificado
en cada lágrima.
Ya no puedo perdonar nada.
He quemado almas donde cultivaban la ternura.
¡Algo más difícil que tomar
miles y miles de Bastillas!
Y cuando,
proclamando con una revuelta su arribo,
salgan a recibir al salvador, yo
me sacaré el alma, la pisotearé
¡para hacerla más grande!,
y así ensangrentada se la daré como estandarte.

III

¿Qué sentido tiene todo esto?
¿De dónde aparece en la luminosa
alegría este blandir los puños sucios?
Llegaste,
y tu desespero corrió sobre mi cabeza
una cortina que me evitó pensar en el manicomio.
Y
como en la tragedia de un acorazado
entre espasmos asfíxiantes
los marineros se lanzan por la escotilla abierta:
a través de
mi ojo desgarrado hasta el grito

salía, enloquecido, Burliuk.
Casi ensangrentados sus sufridos párpados
salió,
se incorporó, se acercó
y con ternura inesperada en
un hombre grueso de pronto dijo: «¡Qué bueno!».
¡Qué bueno cuando una blusa amarilla protege
tu alma de las miradas ajenas! ¡Qué bueno
si cuando te lanzan a los dientes del patíbulo
alcanzas a gritar:
«Tomen cacao de Van Gutten»!
Y este segundo fuego de bengala, sonoro,
no lo cambiaría por nada ni por mi propio pico
Y entre el humo de tabaco, como una copa de licor,
se alarga la cara abotagada-ebria de Severianin.
¿Cómo se atreve a llamarse poeta
y gorjear tan gris como una codorniz?
Hoy
hace falta
pegarle duro al cerebro del mundo con una manopla.
Usted
a quien inquieta este solo pensamiento
«¿bailo elegantemente?» mire cómo me divierto yo:
¡chulo de plaza y tahúr de naipes!
A ustedes
por el amor reblandecidos,
que durante siglos
sólo han vertido lágrimas,
los dejaré,
me pondré el sol de monóculo en el ojo bien abierto.
Y ataviado de este modo increíble iré por la tierra
para gustarles aunque los queme y atado a una cadenita,
abriéndome camino, pasará a Napoleón como a un dogo enano.
La tierra entera se tenderá como una mujer,
agitará sus carnes, ansiosa por entregarse.
Sus ropas cobrarán vida
y los labios de sus ropas
sisearán zalameros:
«¡Precioso, precioso, precioso!».
De pronto
los nubarrones
y todo lo demás nuboso

levanta en el cielo una gran agitación
como si obreros vestidos de blanco se dispersaran
tras declararle una airada huelga al cielo.
De detrás de una nube, un trueno, furioso,
salió y se sonó las narices desafiante.
El rostro del cielo se crispó por un segundo
con la mueca severa del férreo Bismark.
Y alguien
enredado en los lazos del cielo alargó
sus brazos a un café: de una manera algo femenina,
como tiernamente,
y también como la cureña de un cañón.
¿Usted piensa que el sol, tierno,
palmea la mejilla del café?
Pues no, es el general Galiffet
que va a fusilar a los rebeldes.
Saquéense, transeúntes,
las manos de los bolsillos:
cojan una piedra, un cuchillo, una bomba,
y si alguien no tiene manos
que venga a golpear con su frente.
¡Vayan los hambrientos, los sudorosos, los sumisos,
los podridos en lo pulgoso y sucio!
¡Vengan
los lunes y los martes,
coloreémoslos con sangre como días feriados!
¡Que la tierra se acuerde al sentir
los cuchillos de aquellos que quiso ultrajar!
¡La tierra,
cebada como una amante
de las ya usadas por Rothschild!
Para que los estandartes restallen en el ardor de
la metralla como en cada fiesta
que se digne de serlo: levanten
a la altura de los faroles
los cuerpos ensangrentados de los tenderos.
Blasfemando,
implorando,
acuchillando,
pasando por sobre alguien,
para hundir sus dientes en el costado,
en el cielo, rojo como la marsellesa,

temblaba, palmándola, el crepúsculo.
La locura absoluta.
Pero no pasará nada.
Caerá la noche, morderá algo, y se lo tragará.
¿No ve
que el cielo vuelve a ofrecer como un Judas
un puñado de estrellas salpicadas de traición?
Y por fin cae la noche.
Festeja como Mamai,
posando su trasero sobre la ciudad.
Esta noche, tan negra como Azef,
no habrá ojos que la atraviesen.
Encogido en el fondo de tabernas,
me erizo. Riego con vino mi alma y el mantel
y veo:
en un rincón -mis ojos redondos como platos-
los ojos de la Virgen se me meten en el corazón.
¡Qué sentido tiene ofrecer
su resplandor pintado a esta turba tabernaria!
¿No ves que otra vez en lugar de al ultrajado
en el Gólgota prefieren a Barrabás?
Quizá yo, a propósito,
entre el amasijo humano,
no muestro un rostro más nuevo.
Aunque yo,
quizá,
sea el más hermoso de todos tus hijos.
Dales a ellos
enmohecidos en su alegría
la muerte rápida del tiempo.
Para que haya niños los jóvenes deben
crecer, hacerse padres,
las jóvenes, embarazarse.
Y a los recién nacidos déjenles
crecer las escrutadoras canas de los magos,
y vendrán
y bautizarán a los niños
con nombres tomados de mis versos.
Yo, que he cantado la máquina y a Inglaterra,
acaso, simplemente,
en el más común de los Evangelios,
soy el decimotercer apóstol.

Y mientras mi voz obscenamente ulula
hora tras hora, días enteros,
Jesús Cristo, quizá,
aspira el olor del nomeolvides de mi alma.

IV

¡María! ¡María! ¡María!
Déjame entrar, María,
¡no puedo vivir en las calles!
¿No quieres?
¿Esperas
que mis mejillas se hundan, que degustado por todos, soso, venga
y masculle sin dientes que hoy
«seré asombrosamente honesto»?
María, ¿ves?,
ya comienzo a encorvarme.
Por la calle
las gentes agujerean la grasa en sus buches de cuatro pisos,
asoman por allí unos ojos
raídos por el trajín de cuarenta años
y chismorrear socarrones
porque entre mis dientes sostengo
-¡otra vez!-
el panecillo seco de una caricia de ayer.
La lluvia cubrió de llanto las aceras.
Como un pillo atrapado entre los charcos,
mojado, el cadáver olvidado de un adoquín lame la calle
y en las cejas grises,
¡sí!,
en las cejas de los carámbanos
hay lágrimas,
¡sí!,
y en los ojos entornados de las cañerías de desagüe.
La jeta de la lluvia ha chupado a todos los transeúntes. En los carruajes un
atleta sigue a otro atleta gordo. Revientan las gentes de tanto comer
y a través de sus grietas gotea el sebo un río turbio que fluye de los
carruajes junto con un panecillo cubierto de saliva y la masa masticada de
viejas croquetas.
¡María!
¿Cómo hacer entrar en sus oídos grasientos una sencilla

palabra? El pájaro
pide limosnas con sus trinos; canta,
hambriento y sonoro,
pero yo soy un hombre, María,
un hombre simple,
que la tísica noche escupió en la sucia mano de la calle.
María, ¿quieres a alguien así? ¡Déjame entrar, María!
¡Mis dedos crispados aprietan la garganta de hierro del timbre en tu puerta!
¡María!
Se enfurece el pastizal de las calles.
En el cuello tengo rasguños de una turba de dedos.
¡Abre!
¡Me duele!
¿No ves que tengo clavados en los ojos alfileres de sombreros de mujer?
¡Has abierto!
No temas, criatura,
si ves en mi cuello,
como una bestia sudorosa, la montaña húmeda de
mujeres: es que yo arrastro por la vida millones de amores puros, enormes,
y un millón de millones de sucios amorcitos. No temas si otra vez
desgraciado e infiel vuelvo a sobar las caritas preciosas «de las miles que
aman a Maiakovski», esas que ya son una dinastía de reinas entronizadas
en mi alma de loco.
¡Ven, María, acércate!
Desnuda y sin pudor,
o quizá mínimamente temblorosa,
y dame el jamás marchito encanto de tus labios.
Mi corazón y yo nunca hemos llegado a mayo,
y en toda mi vida
hay sólo un centésimo abril.
¡María!
El poeta de sonetos canta a Tiana
pero yo,
hecho sólo de carne, hombre todo, sólo pido tu cuerpo, como un cristiano
pide: «Danos el pan nuestro de cada día».
¡Dámelo, entonces, María!
¡María!
Temo olvidar tu nombre
como el poeta teme olvidar
la palabra nacida
en el tormento de la noche
y que le recuerda a Dios por su grandeza.

Amaré, cuidaré de tu cuerpo como el soldado recortado por la guerra,
inútil,
solitario,
cuida su única pierna.
María, ¿no quieres?
¿No?
¡Ja!
Bien: otra vez, entonces, sombrío y cabizbajo tomo mi corazón bañado en
lágrimas para llevármelo, como el perro que arrastra hasta su cubil
la pata aplastada por un tren.
Riego el camino con sangre de mi corazón
que se pega como flores de polvo en la guerrera.
Como la hija de Herodías,
el sol danzará mil veces rodeando la tierra,
como al cráneo del Bautista.
Y cuando haya danzado hasta el final los años que me tocan,
millares de gotas de sangre cubrirán el camino que lleva a la casa del Padre.
Saldré entonces
sucio (de todas las noches pasadas en las cloacas)
y me pondré muy junto a Él,
me inclinaré
y le diré al oído:
«¡Escuche, señor Dios!
¿Cómo no le aburre
en esa jalea nebulosa
mojar cada día sus bondadosos ojos?
¿Por qué no, sabe usted,
arma un carrusel
con el árbol del estudio del bien y del mal?».
Ubicuo, estará en cada armario y pondremos vino por toda la mesa, para
que hasta al taciturno apóstol Pedro le entren ganas de bailar el ki-ka-pu.
Y otra vez llenaremos el paraíso de Evitas:
una palabra tuya y
esta misma noche
te traeré las más bellas muchachas
de los bulevares.
¿Quieres?
¿No?
¿Sacudes la cabeza, desgreñado?
¿Enarcas tu ceja canosa?
¿De verdad crees que ese
detras de ti, ese alado, sabe qué es el amor?

Yo también soy un ángel, lo fui:
como un corderito azucarado miraba a los ojos
pero me cansé de regalar a las yeguas
floreros hechos con sufrimiento de Sévres.
Todopoderoso, tú inventaste las manos,
hiciste
que cada uno tuviese una cabeza
¿por qué, entonces, no eliminaste el tormento
de besar, de besar, de besar?
Yo pensaba que eras un diosazo omnipotente
y no eres más que un alumno retrasado, un diosecillo minúsculo.
Mira cómo me agacho,
me saco de la bota
una navaja.
¡Bellacos alados!
¡Acurruquense en el paraíso!
¡Larguen sus plumas temblando de miedo!
A ti, oloroso a incienso, te daré un navajazo
desde aquí hasta Alaska!
¡Déjenme ir!
No me detendrán.
Les miento,
no sé si con razón,
pero no puedo estar tranquilo.
Miren:
¡han decapitado de nuevo a las estrellas
y la matanza ha ensangrentado todo el cielo!
¡Eh, ustedes! ¡Cielo!
¡Quítense el sombrero! ¡Voy a entrar!
Silencio.

El universo duerme apoyando en la pata,
garrapateada de estrellas, la oreja enorme.



CÓMO HACER VERSOS

EN ESTE TEXTO MAIAKOVSKI LE DICE A ESEININ LO SUYO SOBRE LA POESÍA... (ENSAYO SOBRE LA POESÍA, EL POEMA Y EL POETA)

[Para leer el texto completo o descargarlo sencillamente sin registros](#)



A SERGUEI ESENIN

Usted se fue,
como suele decirse,
al otro mundo.
¡Qué vacío... !
Vuela usted
hasta incrustarse en las estrellas.
Ya no le ayuda
ni el dinero
ni las tabernas.
¡Sobriedad pura !
No, Esenin
no me burlo.
En la garganta,
el dolor ajusta un nudo,
y no es la risa...
Yo veo
sus brazos colgando
y su mano cortada,
balanceando la propia bolsa de sus huesos.
¡Qué hace!
¡Quieto!
¿Está usted en su sano juicio?
Dejar que las mejillas
se cubran de tiza mortal
Sí, usted sabía cantar
como nadie en el mundo.
¿Por qué?
¿Para qué?
Me pilló de sorpresa.
Los críticos farfullan:
-Es el vino,
es esto, es aquello
o lo de más allá.
Y, como resultado,
mucho vino, mucha cerveza.
Cambiando
la bohemia por la «clase»,
la clase tendría influencia sobre usted,
¿Dónde están
el bronce sonoro
o las aristas de granito?
Pero al pie del recuerdo ya han dejado
homenajes y dedicatorias.
Su nombre

lo bordan ya con mocos todos los pañuelitos.
Babeando
entona su versos Sóbinov ,
surgiendo detrás de un abedul del decorado:
y ya no habría por qué pelear.
¿Acaso la «clase»
calma la sed sólo con limonada?
La clase no es idiota
y también sabe empinar el codo.
Es decir,
si contase con el apoyo
de algunos de los de «En Guardia»,
usted tendría otra orientación
y escribiría todos los días
cien estrofas fatigosas y extensas
como las de ese tal Dorónin.
En mi opinión,
si se hubiera realizado semejante pesadilla,
usted se hubiera colgado mucho antes.
Es mejor morir de vodka
que de aburrimiento.
No revelarán
la causa de esta pérdida,
ni la cuerda
ni el puñal suicida.
Tal vez,
si hubiese tinta en el hotel «Inglaterra»,
no tendría razones
para cortarse usted las venas.
Los imitadores se alegraron:
-¡Bis! – aplaudieron.
Contra usted,
casi un pelotón entero,
parecía haber realizado un atentado.
¿Para qué aumentar
el número de suicidas?
Mejor aumentar la calidad de la tinta.
Ahora
se han cerrado sus labios
para siempre.
Inoportuno
y penoso
es hablar de estos misterios.
Al Pueblo,
al creador del Idioma,
se le ha muerto
un sonoro cantor,
vicemaestro.

y llevan los viejos versos al velatorio,
sacados de otros entierros,
casi sin rehacer
ni afilar las rimas.
¿Acaso es éste
el homenaje que merece este poeta?
A usted
todavía
no le han erigido un monumento.

«Oh, amigo mío,
ni palabras ni suspiros».
¡Eh!
¡Yo hablaría de otro modo
con ese tal Leónidas Lohengrinoide!
Me levantaría aquí mismo,
estridentemente escandaloso.
-No permito babear
ni ajar el verso!
Los dejaría sordos
con un silbido de locomotora,
y les mentaría a su buena madre, a su buen Dios y a su
abuela.
Hasta hacer trizas al bigotudo Kógan,
clavado con lanzas más agudas que sus bigotes retorcidos.
La basura,

por desgracia,
es lo que más abunda.
Asuntos hay muchos,
sólo nos falta el tiempo.
Primero,

hay que transformar la vida;
una vez transformada,
podremos cantarla.
Nuestro tiempo
es difícil para la pluma.
Pero, decidme,
vosotros,
mutilados y lisiados,
¿dónde
cuándo,
cómo y cuál de los grandes
eligió el camino
más gastado y fácil?
Verbo,
comandante en jefe

de la fuerza humana.
¡Adelante... !
Que el tiempo se nos quede atrás hecho jirones,

y únicamente el viento
despeine los mechones de pelo alborotado.
Para la alegría,
nuestro planeta
está escasamente preparado.
Debemos arrancar la alegría
de los días venideros.
En esta vida
morir es cosa fácil.
Hacer la vida
es mucho más difícil.

150.000.000

Poema completo en audio



150.000.000





EL POETA ES UN OBRERO



Pilar Iglesias Nicolás Dirección: Calle 20 de Junio (B Belgrano) 8400 Bariloche (R. Negro) Teléfono + +5492944348927
Correo: pilariglesiaspsicoanalista@outlook.com// <https://www.pilariglesiaspsicoanalista.com/> ISSN 2718-9074

REVISTA DIGITAL EL TALLER

REALIZADA POR PILAR IGLESIAS NICOLÁS

UNA EXTRAORDINARIA SELECCIÓN DE LA POESÍA EN CASTELLANO

SELECCIÓN EXTRAS:

1. Miguel Hernández..... Selección poesía
2. Vicente Huidobro.....Altazor (texto completo y en audio)
3. Wislawa Szymborska.....Selección poesía
4. César Vallejo..... Selección poesía
5. Friedrich Holderling..... Selección poesía
6. Friedrich Holderling Pan y vino
7. Raúl González Tuñón Contra (texto completo y en audio)

The collage displays six covers of the magazine 'Revista Digital El Taller'. The covers are arranged in two rows. The top row features covers for Miguel Hernández, Vicente Huidobro's 'Altazor', and Wislawa Szymborska. The bottom row features covers for César Vallejo, Friedrich Hölderlin's 'Pan y Vino', Friedrich Hölderlin's 'Elegía', and Raúl González Tuñón's 'Contra'. The central cover is the largest and most prominent, showing the magazine's title and ISSN.

Pilar Iglesias Nicolás Dirección: Calle 20 de Junio (B Belgrano) 8400 Bariloche (R. Negro) Teléfono + 5492944348927
Correo: pilariglesiaspsicoanalista@outlook.com// <https://www.pilariglesiaspsicoanalista.com/> ISSN 2718-9074